

En los años cincuenta

Emmanuel Carballo

CARTA A DON RODRIGO DE LLANO

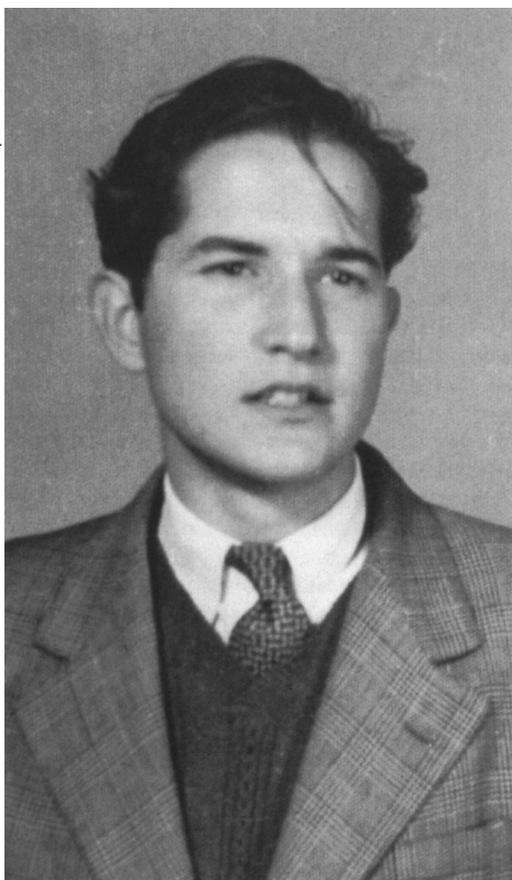
Señor Director:

Estas líneas contienen nuestra más enérgica protesta contra la nota que en la anónima sección de “Equislogismos” se publicó en la edición de *Excelsior* correspondiente al sábado 10 de diciembre del año en curso [1955]. En ella se censura veladamente el escandaloso hecho, que tanto hiere la virginidad chovinista del anónimo equislogo [Jorge Carrión] de que la revista publique en el número 2 un estudio de la crítica e investigadora argentina Emma Susana Speratti Piñero sobre “el esperpento en la obra de Valle-Inclán”. Y la censura se basa, escuetamente, en este pecado bautismal: la señorita Speratti tiene apellido italiano. ¡Cuán lejos estaban los padres de la señorita Speratti de suponer, al llevarla a la pila, que su apellido podría atraerle tanta censura! De haberlo sospechado, sin duda le habrían cambiado el apellido por otro castizo, socialmente aceptable, casi diríamos “ario”: López, García o Carrión. Emma Susana Speratti salió de la Argentina rechazando la tiranía peronista sobre los medios de expresión cultural: ¡quién le iba a decir que en México, precisamente, iba a ser objeto de “críticas” muy semejantes a las que la prensa controlada por Perón acostumbraba utilizar: la crítica que, partiendo de un dato excéntrico y sin relevancia, pone en entredicho la validez de la expresión de un escritor, y aun su derecho a ejercer esa expresión! Si en la Argentina peronista muchos escritores fueron encarcelados por “desacato” a la personalidad del General, en México también se les censura por “desacato” a las muy particulares concepciones de nacionalismo cursilón con que el equislogista anónimo da rienda suelta a su sentimentalismo.

Pero el hecho a que nos referimos no es, desgraciadamente, aislado: forma parte, es una manifestación más, de una muy peligrosa xenofobia cultural, cada día más visible en México y que desmiente con guardianes tan celo-

sos de nuestras esencias nacionales el empuje fraternal, el afán de construir una comunidad hispanoamericana, la política de amistad desinteresada, a la par que creadora con todos los pueblos, que ha caracterizado a México en su posición internacional. Por algo ha abierto sus puertas nuestro país a los hombres de ciencia y pensamiento que no podían mantener ni su dignidad ni su responsabilidad bajo las dictaduras de España y América. Por algo fue llamado un mexicano a sostener las bases de una institución cuyo lema es la paz, la comunicación activa y libre entre los hombres, a través de la educación, la ciencia y la cultura. Frente a este México auténtico y responsable tenemos al mexiquito de galas pintorescas, al mexiquito obtuso, de Lagunilla, que proponen algunos chovinistas desde sus columnas. El columnista Raúl Villaseñor ha atacado al escritor mexicano Archibaldo Burns porque su apellido es “escocés”: basta este dato para que cuanto escriba en el futuro Burns sea “anti-mexicano”. El Sr. Jesús Arrellano, en su revista *Metáfora*, considera que la excelente revista literaria *Ideas de México*, puesto que en ella colaboran muchos escritores jóvenes, mexicanos de padres españoles que encontraron respeto y libertad hospitalarios en México, significa nada menos que una “infiltración española” en nuestra cultura. Y ahora el equislogista considera imperdonable que en una publicación literaria mexicana ande incluyendo escritores de Argentina con apellido italiano. Pero esta actitud espiritual no es nueva: otros han hablado ya, con trágicas consecuencias, de la “infiltración semita” en la cultura alemana, del pecado antinacionalista que supone llamarse Goldsmith o Silberstein. Se empieza por ahí, y se acaba en la purga, el linchamiento, el campo de concentración.

La *Revista Mexicana de Literatura* seguirá publicando en el futuro, acaso como una de sus metas fundamentales, textos de los escritores de Hispanoamérica y la España libre. Creemos formar parte de una comunidad



En el Colegio México, 1945



Con su padre en París, 1961

de lengua y espíritu y nos oponemos a todas las mentiras que pretenden hacer de cada país latinoamericano un claustro cerrado, aislado frente a los demás: esto sí que es hacerle el juego al “imperialismo yanqui” que tanto quita el sueño y pule la armadura del señor equislogista. Creemos, por último, que nuestra cultura, para fructificar humanamente, requiere del contacto y de la comunicación. Creemos en las palabras de Cardoza y Aragón cuando dice: “Las ideas sólo pueden ser exóticas para el que no tiene ideas”.

Carlos Fuentes, Emmanuel Carballo. (1955)

LA REVISTA MEXICANA DE LITERATURA

A principios de 1955 apareció el primer número de la *Revista Mexicana de Literatura* dirigida por Carlos Fuentes y por mí. En su momento fue una publicación que despertó los más encontrados pareceres. Si se suman nuestro elitismo, la posición vanguardista que asumimos ante las artes y las letras, la actitud política que condenaba el estalinismo de los partidos comunistas y las evidentes tropelías del sistema capitalista, se pueden entender las antipatías que concitamos y las adhesiones que promovimos.

Los intelectuales de izquierda, sobre todo los ortodoxos, consideraron que nuestras obras estaban habitadas por el revisionismo y la provocación. Según ellos éramos intelectuales pequeñoburgueses que se atrevían

a enjuiciar el marxismo-leninismo sin haberlo siquiera entendido. En la práctica la lista de nuestros errores era impresionante.

Cito algunos de ellos, entreverando los pequeños con los mayúsculos: el menosprecio que mostrábamos frente al pensamiento de Stalin y frente a su influjo en los países socialistas y los partidos que en el mundo capitalista seguían al pie de la letra sus enseñanzas. El entusiasmo que nos produjo el derrocamiento de Perón era otra prueba de nuestro diletantismo reñido con las causas de las mayorías.

La simpatía que mostramos ante la primera conferencia afroasiática celebrada en Bandung y acerca de dos de sus postulados, el tercermundismo y la no alineación. Ambos fueron vistos, aunque ahora pueda parecer sectario, como una típica posición anticomunista. Al paso del tiempo esta simpatía llegó a convertirse, a escala internacional, en opción respetada y respetable.

Nuestra condena a los Estados Unidos era poco de fiar para los malquerientes. Exigían mayor cantidad de adjetivos en los textos y una definición más concreta en la vida diaria.

No les concedo razón en lo que toca a los epítetos de censura, sí en lo que se refiere a nuestra nula militancia política: en los primeros años de ejercicio nuestra generación firmaba documentos y denuncias, tanto en contra de la oligarquía nacional como en contra de los atropellos cometidos por el Imperio en cualquier parte del mundo, pero en ningún momento sintió en carne

propia la explotación que sufrían los obreros o mostró solidaridad frente a los ultrajes cometidos sistemáticamente contra los campesinos, con o sin tierra. Heredamos de las generaciones anteriores, y la herencia la aceptamos con mansedumbre, el gusto por las ideas y el disgusto por las acciones concretas. Tal herencia, que no dilapidamos por completo, hoy me causa mal sabor de boca.

Otra de las fallas, según nuestros adversarios, tenía que ver con las maneras en que practicábamos las letras y la forma en que las enjuiciábamos. Vuelvo a los ejemplos. *Los días enmascarados*, de Fuentes, fue visto como un libro escapista, burlón, que nada o casi nada decía sobre la problemática nacional. Y lo que mostraba no aludía a las avanzadas leyes sociales mexicanas. Les molestaba el uso de ciertos recursos sospechosos de la literatura fantástica. Al hacer uso de ellos Fuentes daba la espalda al realismo (a cierto realismo de estirpe idealista), que era, según ellos, la única ruta correcta para contar los infortunios de los desposeídos. Últimos defensores de una estética en retirada, el realismo socialista, se encararon con la nueva manera de presentar la vida y la literatura desde un enfoque determinista más que dialéctico.

El júbilo con que comentábamos obras tan disímiles como *Libertad bajo palabra*, de Paz, *Confabulario*, de Arreola, *Pedro Páramo*, de Rulfo, *Al filo del agua*, de Yáñez, era una prueba de nuestros oscurantismos; a Paz lo definían como poeta europeo con veleidades trotskistas; a Arreola lo cosificaban como saltimbanqui de-

dicado a dar en sus textos inútiles piruetas éticas, ontológicas y metafísicas; a Rulfo no se le perdonaban sus ataques a la reforma agraria, cuyos errores señalaba convincentemente en uno de sus cuentos, y la defensa fantasmagórica de cierto cacique latifundista y amoral; Yáñez purgaba el delito de reducir las causas de la Revolución de 1910 a simples estados de ánimo de lugareños enajenados por el clero y sus ridículas rencillas de grupo marginado. Nuestros contrincantes reducían la literatura a la anécdota, contada con la simpleza de los maestros de escuela primaria y olvidaban lo más importante, los valores expresivos.

Por salud mental casi no me ocuparé de los panegiristas; por lo pronto debo decir que eran casi tan despidados como nuestros detractores. No entendieron lo que era, o quiso ser, la *Revista Mexicana de Literatura*. O quizá nosotros fuimos poco claros al exponer los objetivos. Ellos creyeron piadosamente que con nosotros regresaba al poder literario la gente de razón, la que pule, fija y da esplendor a las palabras, las ideas moderadas y las creencias tradicionales. Para ellos la libertad es como el maná bíblico, sabe a lo que conviene a sus intereses. Nosotros queríamos que supiera a novedad y a todo ese archipiélago de palabras cómplices: amor, imaginación, utopía. No cabíamos dentro de nosotros mismos ni dentro del mundo que habitábamos. A unas cuantas millas surgía la esperanza de la Revolución cubana. Unos cuantos años después nos esperaban el mayo francés y el octubre mexicano. (1955-1968)



© Archivo personal de Carlos Fuentes

Con Francisco López Cámara y Lázaro Cárdenas, 1961